

CARLOS CORDERO / *director de la Oficina de Internacionalización del ITESO*

# Diversidad, refugio y cancelación

Hablar de diversidad nos remite forzosamente a pensar en los demás. La gran variedad de manifestaciones culturales, étnicas, políticas y religiosas confluye en un caleidoscopio casi infinito de manifestaciones identitarias. En un mundo habitado por más de ocho mil millones de personas, es imposible que dos identidades individuales coincidan en su totalidad. La soledad de la diversidad es precisamente el eco común. En lo distinto somos iguales.

¿Qué de tu identidad se refleja en la mía? Es una primera pregunta que nos hacemos cuando interactuamos con personas de contextos culturales distintos al nuestro. El reflejo nos identifica, en él nos reconocemos. Por ejemplo, cuando conocemos a alguien de un lugar distinto de aquel en el que vivimos tendemos a interesarnos por encontrar coincidencias que nos permitan conectar. Lecturas de la realidad que nos acercan a una interpretación cercana del porvenir. El asombro humano es la pulsión que encanta nuestras conciencias para fascinarnos y regocijarnos en la contemplación de esa pluralidad.

Ahora bien, en estos tiempos la velocidad de los cambios tecnológicos y sociales que experimenta la humanidad ha saturado el espacio para el surgimiento del asombro. La abrumadora producción de información, mercancías y experiencias que vivimos en estos momentos deja fuera cualquier posibilidad de encontrar un reflejo, un eco fidedigno que destaque de la cacofonía infinita a la que nos exponemos a través de nuestros dispositivos electrónicos. En lugar de asombro hay abrumación, y al abrumarnos nos cerramos a la experiencia del otro. Es tanta la saturación de estímulos que nos cerramos al mundo.

## Refugiarse en la tradición

Un refugio es un lugar en el que nos sentimos seguros. Un refugio es un lugar en el que no es necesario tratar de entender qué sucede fuera de él. Un refugio es un lugar para permanecer por un tiempo prolongado, al menos el suficiente para que aquello que ocurre fuera —precisamente lo que nos llevó a refugiarnos— termine. La seguridad del refugio radica en eso: en poder sostenernos hasta que cambien las condiciones y sea posible salir. Y gene-



ralmente la seguridad la encontramos en condiciones certeras, constantes, que nos alojen y nos permitan orientarnos en la realidad.

La tradición es el mejor refugio para protegerse del cambio. En ella encontramos la continuidad de lo conocido y la confianza que nos brinda la propia intuición: si ha funcionado antes, tiene que funcionar ahora; y si no lo hace, el problema está en lo que cambió, no en la eficacia comprobada con la experiencia. En política, el pensamiento conservador parte de esa premisa: evitar que las cosas cambien porque hemos probado que funcionan. Algo similar ocurre con el anhelo monárquico, pues la monarquía sostuvo sociedades por más de diez siglos y aún sigue al frente de algunas naciones. La primera y la segunda guerra mundial representan uno de los episodios más destructivos de la historia moderna, y en buena medida este conflicto surgió del intento de prolongar ese *refugio de seguridad* que ofrecían los imperios frente a las propuestas ideológicas republicanas o socialistas.

En el siglo XXI la nostalgia por el pasado se ha popularizado e idealizado. En ese imaginario, pareciera que antes no había diversidad sexual, que las mujeres no tenían interés alguno por ejercer el derecho sobre sus cuerpos y que los pueblos subnacionales no buscaban el reconoci-

miento de su agencia transfronteriza. La rapidez de los cambios contemporáneos ha sido abrumadora para muchas personas: el caleidoscopio de identidades e intereses ha generado la necesidad de un refugio. La tradición aparece entonces para recibirnos, idealizando un pasado que no existió y atribuyendo al presente una supuesta depravación o desvío. Pero también hay otro tipo de refugio: el de la negación. Cancelar la existencia del otro —por muy enemigo o amenaza que sea— termina siendo, igualmente, una forma de refugiarse.

Hoy en día la diversidad cultural, étnica y política de América Latina —como del resto del mundo— enfrenta desafíos para seguir siendo ese llamado al asombro que nos cautiva. El avance de las agendas conservadoras que abogan por el retroceso de los derechos individuales y colectivos no es la única amenaza. La cultura de la cancelación, sobre la que se erigen verdugos virtuales que se creen poseedores legítimos de la censura, también afecta ese espacio de asombro. La diversidad está en juego porque el diálogo se ha silenciado, porque el interés por el otro y la otra se ha desdibujado. Porque vivimos abrumados, ya sea por el mar de estímulos audiovisuales que nos rodea, o por el ensimismamiento que nos brinda seguridad frente a la incertidumbre de nuestros tiempos. •